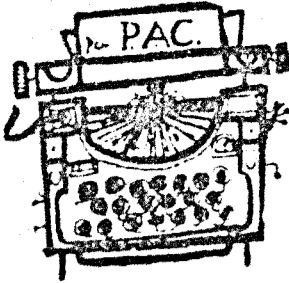


escrito a máquina

El pez sin Cerebro



Quiero decirlo con sinceridad. Quiero decirlo con ira: Pocas veces he visto subir tan alto el nivel de lo irracional en la vida pública nicaragiense como en estas tres semanas de inscripciones. Porque uno puede perder la cabeza en la desesperación, pero perderla en frío es doble pecado de irracionalidad. Esta entrada a la violencia, completamente inmotivada; esta excitación agresiva; esos rostros casi de primates que se ven en las fotos o en las calles apenas se forma un grupo político; ese desaparecer del rostro de la Autoridad para sólo dejar la cara de la Arbitrariedad; ese perder incluso el rostro del amigo para sólo aparecer el del correligionario... —¡Sólo unos cuantos comunistas, como Chagüitillo, están tratando como amigos a sus semejantes, sin discriminar o no si son de su partido! ¡Sólo unos cuantos comunistas y unos pocos, unos cuantos cristianos! "Lo demás es tuyo demócrata Walt Whitman!"—, ese espíritu de agresión surgido de pronto (en el Estadio parece que se inauguró la temporada de la estupidez) ¿hacia dónde nos llevará?

¿De qué sirve asignar en el presupuesto los millones que se quieren para educación si en tres meses montamos la más feroz y eficaz escuela de salvajismo?

Tomemos un poco de perspectiva. No nos dejemos llevar la mente por el vértigo para que podamos medir lo rápido que hemos avanzado en tres semanas camino de la muerte y del odio. ¿Nos damos cuenta que estamos excitando el odio, alimentando la agresividad, armando incluso a los irresponsables en el momento en que Nicaragua alcanza el más alto número de delincuentes? Y algo más: antes no se contaba en política con una Managua poblada sobre su capacidad. Hoy está allí, ciñendo a la capital, en grandes masas, una población inflamable y exasperada. ¿Sabemos que la crueldad, agresividad y destrucción de los acontecimientos políticos —según dice G. Bouthoul— tiende a ser proporcional al crecimiento demográfico?

¿Hacia dónde vamos?

Hace poco conversaba con un amigo cuya ponderación era para mí axiomática (¡y lamento que al leerme sepa que me refiero a él!). Sin embargo, se había auto-intoxicado de tal modo con la pasión política (en sólo tres semanas!) que incluso un problema no político, quería solucionarlo arbitraria y violentamente. Entristecido de verlo actuar como un sátrapa, pensé qué lento es el hombre para cargar sus baterías con la electricidad del Bien y de la Justicia, pero con qué rapidez las descarga en la violencia hasta quedar en finicbla.

Sería interesante hacer la imposible estadística de lo que ha perdido Nicaragua en sentido, en criterio de Justicia esta semana. Ese arduo proceso de civilización, de educación, de auto-venimiento que lleva al hombre a hacer Justicia —a ese difícil dar a cada cual lo que le corresponde— se paraliza. Ya no hay bien o mal, derecho o ilegalidad, libertad de juicio, sino que el que está contigo, el que opina contigo: ese es tu prójimo. Los demás, aunque te necesiten, aunque estés obligado, aunque sean tus hermanos pasan a ser tus adversarios. Encendida la hostilidad la llama crece por cada violencia. Un solo muerto incita a millones de cóleras y de deseos de venganza. Un solo golpeado enciende miles de irritaciones. Y como la causa pasional política persiste, todo se suma —odio, rencor, venganza, agresividad— hasta borrar por completo todo lo que habían conseguido la Paz, la Religión, la Cultura, en humanizar el corazón nicaragiense.

Perdemos el corazón porque perdemos la cabeza. Esta violencia, no es más que la disminución de mi "yo" inteligente y pensante, al integrarme a un "nosotros" ciego (de rebaño) donde sólo privan instintos. El sentido de comunidad no produce violencia porque no borra la individualidad personal. La horda —el partido agresivo— exige incondicionalidad, reúne por la obsesión y la pasión, siembra violencia. Es aterradora la facilidad con que una persona decente se convierte en criminal cuando actúa dentro del rebaño partidista. Por eso en nuestra trágica historia los mojones que señalan los caminos presidenciales son tumbas.

Cuenta Konrad Lorenz, entre sus apasionantes experiencias con peces esta anécdota sobre el instinto gregario, que quiero transcribir como una parábola política:

Dice que el naturalista Erich von Holst le extirpó a un pez cebo corriente aquella parte del cerebro donde, en estas especies, está situada la reacción del cardumen.

El pez mutilado ve, come y nada como un pez normal y su única conducta aberrante es que no le importa alejarse de sus compañeros a buscar comida por su cuenta. El pez normal, por muchas ganas de nadar que tenga, siempre mira hacia sus compañeros y apenas se aleja un poco vuelve a los suyos si éstos no lo siguen. Al pez sin cerebro lo tienen sin cuidado sus compañeros. Nada resueltamente en una determinada dirección, pero entonces sucede un fenómeno curioso: al verlo alejarse todo el cardumen lo sigue. En virtud de su deficiencia, el pez sin cerebro se convierte en dictador!

PABLO ANTONIO CUADRA